

¿POSESIÓN DE SÍ?

Carlos Elizondo Mayer-Serra

Centro de Investigación y Docencia Económicas

GERALD A. COHEN, *Self-ownership, Freedom and Equality*, Cambridge University Press, 1995, 277 pp.

Cada vez es más difícil para la izquierda articular un programa económico verdaderamente alternativo. No basta decir que se necesita más empleo y mejor distribución del ingreso. Se requiere especificar cómo lograrlo y esto no es tarea fácil. La globalización de los mercados de bienes y servicios ha restringido enormemente la capacidad de acción de los Estados, más aún en países con grandes necesidades de capital y una cercanía con Estados Unidos, física e histórica, como la de América Latina. Sin embargo, las dificultades prácticas para imponer límites a la propiedad privada no implican que los modelos económicos seguidos sean justificables moralmente, sólo que son justificables pragmáticamente.

Algunos de los llamados neoliberales, sin embargo, sí afirman que las reformas económicas basadas en la privatización y la desregulación no sólo son efectivas, sino que son moralmente las políticas públicas más justificables. A esta defensa fundamentalista de la privatización y la desregulación corresponde claramente el caso de Margaret Thatcher en Gran Bretaña (1979-1990), Ronald Reagan en los Estados Unidos (1981-1989) y Augusto Pinochet en Chile (1973-1990). Esta defensa se centra en la supuesta mayor libertad implícita en los modelos económicos basados en el respeto irrestricto a la propiedad privada. Esta mayor libertad, se argumenta, lleva, además, a una mayor justicia.

La defensa de las virtudes morales de la propiedad privada se encuentra en innumerables escritos de filosofía política tanto clásica como de este siglo. Sin embargo, es a partir de la década de los sesenta y sobre todo en la de los setenta, cuando se hicieron evidentes las dificultades en Europa y Estados Unidos del Estado de bienestar inspirado por Keynes, que surgen nuevos argumentos en contra de las bases morales del Estado interventor. Entre esta literatura cabe destacar una de las más influyentes, el libro de Robert Nozick *Anarquía, Estado y Utopía*,¹ quien encabeza a los llamados libertarios, que como su nombre lo indica suponen justificar mayores libertades que el liberalismo clásico. *Self-ownership, Freedom and Equality*, el último libro de Gerald A. Cohen, es una impresionante argumentación en contra de la posición libertaria de Nozick, uno de los supuestos sustentos morales del neoliberalismo. Con impecable rigor lógico, Cohen demuestra las inconsistencias internas de la justificación libertaria.

Cohen es Chichele Professor de teoría política y social en All Souls College, Universidad de Oxford. Ésta es la misma cátedra ocupada por Isaiah Berlin hasta 1976, y quien, como es bien sabido, logró una de las mejores críticas en la filosofía política de la posguerra en contra del socialismo.²

La obra de Cohen es poco conocida en el mundo de habla hispana. Su primer libro es una defensa de la teoría de la historia de Marx,³ la cual resulta incoherente, nos dice Cohen, porque tradicionalmente

se ha justificado con base en el método dialéctico. La única forma de hacer lógica la explicación de Marx es dejar a un lado la confusa dialéctica, cosa que hace Cohen, quien usa el método de la filosofía analítica para desmenuzar y defender el grueso de la teoría de la historia de Marx.

Este libro tuvo poca difusión en América Latina. Su precisa, pero árida argumentación analítica, tan ajena a nuestra filosofía política, y su distanciamiento con el método dialéctico marxista, lo hizo mucho menos accesible que otro estudio sobre Marx de la época, más crítico aunque menos riguroso, me refiero al libro de Jon Elster *Making Sense of Marx*.⁴

Elster y Cohen, junto con Adam Przeworski, Pranab Bardhan, Robert Brenner, y John Roemer entre otros, forman un grupo de marxistas analíticos que permitieron dentro de la academia anglosajona una discusión más rigurosa de los planteamientos de Marx. Muchos de ellos pasaron luego a hacer contribuciones importantes en otros terrenos de las ciencias sociales.⁵

En el caso de Cohen, pasada su etapa marxista, se ha dedicado a la filosofía política. Como lo señala en su último libro que aquí reseñamos, demostrado lo ineficiente del socialismo en la URSS, y más aún una vez que se desmoronan los regímenes socialistas,⁶ ya no era suficiente creer en la superioridad moral del socialismo frente a cualquier otro arreglo distributivo, como el grueso de los marxistas naturalmente asumían, sino que había que probar esta superioridad. Si el socialismo ya no era inevitable, como antes creían los marxistas (Cohen incluido), era indispensable poder hacer evidentes las flaquezas morales del capitalismo y la superioridad de una distribución más igualitaria. Esto no era necesario cuando se creía en la inevitable llegada del comunismo, pues una vez llegado éste toda desigual-

dad desaparecería dada la abundancia de recursos.

De hecho, como Cohen argumenta,⁷ Marx podía conciliar su desconfianza en la egoísta naturaleza humana, con un futuro de igualdad, dada esa abundancia esperada. Ahora que tenemos claros los límites ecológicos que hacen imposible expandir la producción material de forma ilimitada (y la permanente creación de nuevas necesidades que van siempre por delante de la oferta, algo que Cohen no señala), la igualdad debe ser sólidamente justificada para hacerla posible.

Self-ownership, Freedom and Equality reúne varios de los artículos de Cohen en contra del libertarismo de Nozick, pero incluye además capítulos originales que le dan una clara unidad al libro. No se trata, pues, de una mera compilación, sino de una obra con un argumento claro y consistente.

El eje del libro es demostrar que la defensa de Nozick de las instituciones capitalistas, y en particular de la propiedad privada irrestricta, es inconsistente y por tanto equivocada. Cohen centra su atención en Nozick, porque encontró en *Anarquía, Estado y Utopía* la única defensa moral del capitalismo que en una primera instancia no pudo contestar, y que de hecho le tomó varios años poder refutar.⁸

Mientras que los liberales en Estados Unidos (socialdemócratas en términos europeos), John Rawls incluido,⁹ no se ven mayormente afectados por el argumento de Nozick, para los marxistas como Cohen hay un elemento preocupante: el que Nozick parte de la idea de que el hombre es dueño de sí mismo (*self-ownership*). Cada ser humano goza de derechos exclusivos sobre él mismo y sobre lo que hace, por lo que nadie puede obligar a otro a hacer algo que no quiere. Bajo este principio, pagar impuestos equivale a efectuar un trabajo forzado en beneficio de alguien más.

Este principio no molesta a socialdemócratas que justifican los impuestos con base en las virtudes de la mayor igualdad, independientemente de que se obligue a los propietarios a actuar en contra de su voluntad. Para Rawls se puede justificar que los más privilegiados ayuden a los menos, siempre que el bienestar de los menos privilegiados no se deteriore.

Sin embargo, la idea de que el hombre es dueño de sí mismo también está detrás de la crítica marxista (al menos en una versión) de la explotación de los trabajadores. El argumento marxista parte del supuesto de que a los obreros se les explota porque se les quita el producto de su trabajo, mismo que poseen por ser dueños de sí mismos. Hay explotación porque el capitalista le paga al trabajador una cantidad menor de lo que vale su trabajo, aprovechándose del monopolio que tiene de los bienes de producción.¹⁰

El capitalismo, argumenta Cohen, es injusto, tanto por la desigualdad que permite, como por las libertades que restringe. Contra la posición más tradicional de la izquierda, que critica al capitalismo sólo por la inequidad a la que lleva, Cohen busca demostrar que la defensa de Nozick sobre el vínculo entre propiedad privada, libertad y justicia es incoherente.

Nozick parte de una definición de libertad que Cohen denomina «moralizante», o basada en ciertos derechos. Según esta definición, sólo se considera como violación a la libertad, a aquellas restricciones que no son justificadas. Como la propiedad privada según Nozick sí es justificada, el que restrinja las opciones de quienes no tienen propiedad no implica pérdida de libertad para ellos.

Cohen, sin embargo, argumenta con razón que la propiedad privada limita la libertad. Uno no puede ir a poner su tienda de campaña en los jardines del vecino.

Cohen utiliza un ejemplo muy sugerente

para ampliar esta obviedad.¹¹ Imaginemos una sociedad donde cada individuo tiene unos boletos que definen con claridad qué actividades son permitidas. Un boleto permite ir a ver una película en cierto día; otro ir a Cuernavaca un domingo en la tarde; otro más comprar comida en un supermercado. En esta sociedad sólo se puede hacer lo definido en los boletos que cada cual tiene. Sería absurdo afirmar que el que no tiene boleto para ir a Cuernavaca es libre de ir a Cuernavaca porque así son las reglas del juego. Aun si estas reglas fueran justificadas, sin el boleto no eres libre de ir. El dinero, nos dice Cohen, no es más que un boleto para actividades en general. No tenerlo es no tener libertad.

Cohen nos señala otra inconsistencia libertaria. Para Nozick la propiedad privada se justifica precisamente con base en que no se puede impedir que alguien se apropie de lo que no es de nadie ni que una vez apropiado de esto lo intercambie como quiera sin violar la libertad. Pero aquí la definición de libertad no es «moralizada», pues de serlo se requeriría una justificación adicional de por qué esta libertad es justificable, y aquí Nozick requiere justificar la propiedad con base en la libertad de los individuos en términos generales. No puede defender la libertad con base en la propiedad privada y luego defender la propiedad privada con base en la libertad.

Para Nozick, si se parte de una situación justa y se actúa libremente, el resultado es justo. Cualquier distribución forzada por el Estado —vía impuestos, por ejemplo— sería injusta. Cohen argumenta que esta lógica fundamental del neoliberalismo no considera las implicaciones en terceros de la libertad de contratación de dos individuos. Alguien que se hace rico como resultado de decisiones libres de otros tiene más poder que alguien que no

participó en el intercambio y como resultado de este poder puede limitar la libertad de terceros.

Cohen incluso trata de ir más allá. Busca demostrar que la idea de igualdad no es incompatible con la idea de que uno es dueño de sí mismo. Cohen argumenta que si bien uno es dueño de su cuerpo (y de su mente) esto no justifica la posesión de bienes externos. Y es esta posesión la que lleva a la desigualdad económica.

Sin embargo, en ausencia de propiedad externa, el ser dueño de uno mismo poco permite y es casi un sinsentido. Esto lo tiene claro Cohen, pero de ser cierto lo es también para el obrero que sólo tiene su trabajo para vender, algo que los libertarios no aceptan dada su definición «moralizante» de libertad.

Si bien es claro que existen activos expropiables (externos al individuo) y los que no lo son (el cuerpo y la mente), la desigualdad es más profunda, pues como Cohen argumenta en el capítulo 10, en los activos no expropiables se encuentra buena parte del sustento de la desigualdad, algo que Marx no contempla en su concepto de explotación basado sólo en la inequitativa distribución de la propiedad. Aun en un país con desigualdades tan profundas como en el caso de México, una distribución igualitaria de todos los activos muy pronto terminaría en una nueva desigualdad como resultado de la enorme desigualdad de capital humano entre los mexicanos.¹²

Por ello para lograr una verdadera igualdad es necesario distanciarse del concepto de que cada hombre es dueño de sí mismo. Cohen aquí hace explícitas algunas dudas, pues ciertamente es de los puntos más débiles de su texto. Con todo, elabora varios argumentos que sirven para sostener la idea de que los activos no expropiables, los talentos con los que nacen los seres humanos, son moralmente arbi-

trarios, por lo que el Estado tiene derecho a intervenir para así lograr que aquellos que fueron afortunados colaboren con quienes no lo fueron.¹³

Lo anterior son sólo algunos de los argumentos centrales —y muy resumidos— del libro de Cohen. Hay muchos otros argumentos que en la tradición analítica inglesa exponen con todo rigor los argumentos libertarios para después pasar a refutarlos uno por uno. Cohen procede con gran precisión, por momentos elaborando silogismos para sustentar su punto, lo cual hace la lectura algo difícil para una tradición filosófica más discursiva como la que domina en México. Pero el esfuerzo vale la pena, pues permite avanzar en debates que de otra forma se enredan en meras adjetivaciones del argumento que se critica. Nozick, hay que señalarlo, nunca ha contestado la crítica de Cohen.

Esta impresionante obra en contra de la desigualdad convierte al último libro de Cohen en un texto de primera importancia para contrarrestar la justificación fundamentalista de la reforma privatizadora y desreguladora. Esto es importante, pues las restricciones a una política redistributiva son menores si es posible convencer a un grupo social importante de que la justificación moral del capitalismo que proveen Freedman, Nozick y pensadores afines es insostenible.

Al contrario de Cohen, creo que el mercado es el mejor método para asignar los recursos. Aunque existen modelos de socialismo de mercado, ninguno es convincente en cuanto a su capacidad para aprovechar la ventaja más clara de un mercado basado en la propiedad privada: la información que dan los precios. Nunca queda claro, como no lo queda en la propuesta final de Cohen que toma de Joseph Carens, cómo emular al mercado sin pagar los costos de la desigualdad que implica. El mercado funciona con incentivos

claros: poder ganar más. Si éstos se cancelan completamente no puede funcionar.

Cualquier arreglo socialista va a ser tan ineficiente que la mayor igualdad que puede llegar a permitir no justifica el bajo nivel de bienestar que históricamente ha implicado, ni las limitaciones de libertad que requiere. Si bien, como Cohen argumenta, la propiedad privada también implica limitaciones de libertad, el socialismo ha requerido aún más limitaciones y no está claro cómo pudiera desarrollarse sin esas enormes limitaciones, ambos

puntos no son discutidos por Cohen en su texto.

Además, dado que siempre habrá más demandas de bienes y servicios que oferta de éstos, creo, al contrario del mayor optimismo de Cohen, y más acorde con el marxismo clásico, que cierta lucha de clases o de grupos por estos recursos escasos es inevitable. Sin embargo, tener claras las implicaciones éticas del capitalismo puede facilitar el imponer algunas restricciones impositivas, por ejemplo, que permitan paliar sus evidentes injusticias.

NOTAS

1. Robert Nozick, *Anarquía, Estado y Utopía*, México, FCE, 1990.

2. Véase Isaiah Berlin, *Four Essays on Liberty*, Oxford University Press, 1979. En particular el capítulo 3, titulado «Two concepts of liberty».

3. Gerald A. Cohen, *La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

4. Jon Elster, *Making Sense of Marx*, Cambridge University Press, 1985.

5. Algunos de los principales textos del marxismo analítico se encuentran en John E. Roemer (comp.), *El marxismo: una perspectiva analítica*, México, FCE, 1989.

6. Véase el capítulo 11.

7. Véase la introducción al libro.

8. Véase la introducción al libro.

9. Véase John Rawls, *Teoría de la justicia*, México, FCE, 1979.

10. Véase el capítulo 6.

11. Véase el capítulo 2.

12. En el caso de México el grueso de esta desigualdad es por el inequitativo acceso a la educación. El argumento de Cohen es más general. Hay distintas dotaciones genéticas que llevan a una desigualdad de origen.

13. Véase el capítulo 10.